

le consumía la sangre, y se inventó medios para saber, al menos dos veces cada año cómo seguía Magdalena: iba á las ferias, buscando con la vista algún conocido de su antiguo lugar y, cuando lo había encontrado, preguntaba por todos los conocidos, empezando prudentemente por aquellos que menos le interesaban, para concluir por Magdalena que le interesaba más que nadie, y, de este modo, tuvo algunas noticias de ella y de su familia.

— Pero se hace tarde, amigos, y me duermo en mi historia. Hasta mañana; si ustedes quieren, mañana les diré lo demás. Buenas noches.

El agramador fué á acostarse, y el colono, encendiendo su farol, acompañó la tía Mónica á la rectoría, porque era mujer de edad y no tenía la vista bastante buena para ir sola de noche.

## XII

Al día siguiente nos encontramos todos otra vez en la granja, y el agramador continuó de esta manera su relato:

— Hacía unos tres años que Francisco vivía en el país de Aiguranda, por la parte de Villechirón, en un hermoso molino llamado Alto Champault, ó Bajo Champault, ó Frechampault, pues en aquel país como en el nuestro, el nombre de Champault es muy común. He estado por allí un par de veces, y es un hermoso y buen país. La gente del campo es allí más rica, vive con más comodidad y viste mejor; se hace más comercio, y aunque la tierra es más floja, produce más. El terreno es, sin embargo, más pedregoso. Las rocas sobresalen y las riadas producen frecuentes devastaciones.

Pero, á pesar de todo, es un hermoso país, en que los árboles son magníficos, y las aguas de los dos Creuses, claras como el cristal, lo surcan con murmullos de cascada.

Los molinos de allí son más importantes que los de por acá, y aquel en que residía Francisco era de los mejores. Un día de invierno, su amo, que se llamaba Juan Vertaud, le dijo:

— Francisco, servidor y amigo mío, tengo un discursito que hacerte y te suplico que me prestes toda tu atención.

Hace ya algún tiempo que nos conocemos tú y yo, y si he ganado mucho en mis negocios, si mi molino ha prosperado, si he conquistado la preferencia sobre todos mis colegas, si, por fin, he podido aumentar mi hacienda, no se me oculta que te lo debo á ti. Me has servido, no como un criado, sino como un amigo y un pariente. Te has consagrado á mis intereses como si fuesen los tuyos. Has regentado mis bienes como yo nunca hubiera sabido hacerlo y has mostrado en todo que tenías más conocimiento y más inteligencia que yo. Dios no me hizo desconfiado, y siempre me hubiera dejado engañar si tú no lo hubieses inspeccionado todo, personas y cosas, en torno mío. La gente que abusaba de mi bondad ha gritado un poco y tú has querido cargar valerosamente con el mochuelo, lo cual te ha expuesto, más de una vez, á peligros de que siempre has salido con valentía y amabilidad. Porque lo que me gusta en ti es que tienes el corazón tan bueno como la cabeza y la mano. Te gusta el orden y no la avaricia. No te dejas engañar como yo y, sin embargo, te gusta, como á mí, socorrer al prójimo. Para los que realmente se hallaban en la penuria, has sido el primero en aconsejarme que fuese generoso. Para los que lo fingían, has sido pronto en impedir que me estafaran. Además, tienes mucha instrucción para campesino. Tienes idea y raciocinio. Se te ocu-

rren cosas que siempre te salen bien, y todas aquellas en que pones la mano llegan á tener buen resultado.

Estoy, pues, contento de ti, y por mi parte quisiera que lo estuvieses igualmente de mí. Dime, pues, con toda franqueza, si deseas algo de mí, pues no puedo negarte nada.

— No sé por qué me pregunta usted eso, contestó Francisco. Es preciso que yo le haya parecido estar descontento de usted, y no hay tal cosa. Tenga usted la completa seguridad de ello.

— Descontento, no digo. Pero en fin, de ordinario, tu aspecto no es el de un hombre feliz. No tienes alegría, no ríes con nadie, no te diviertes nunca. Eres tan serio, que se diría que estás triste y llevas luto de alguien.

— ¿Me lo reprocha usted, mi amo? En eso no podría contentarle, porque no me gusta el baile ni la bebida; no voy á saraos ni á la taberna; no sé canciones ni chascarrillos para hacer reír. No me gusta nada que me desvíe de mi deber.

— Por todo lo cual mereces que se te tenga en gran aprecio, amigo mío, y no seré yo quien te lo reproche. Si te hablo de eso, es porque se me figura que tienes algún pesar; quizá encuentres que trabajas aquí mucho para los demás, y que nunca habrá ningún beneficio para ti.

— Hace usted mal en creer eso, señor Vertaud. Me encuentro tan bien correspondido como puedo desear, y en ninguna parte me hubieran dado quizá un suel-

do tan crecido como el que usted mismo ha tenido á bien fijarme, sin que yo le moleste con ninguna exigencia. Cada año me lo ha aumentado usted, y en el último San Juan lo ha subido á cien escudos, precio muy costoso para usted. Si esto llegase á hacerle falta, crea usted que renunciaría á ello gustoso.



SU AMO, JUAN VERTAUD, LE DIJO: «FRANCISCO, MI SERVIDOR Y AMIGO,  
TENGO UN DISCURSITO QUE HACERTE»

### XIII

— Vamos á ver, Francisco, no nos entendemos, repuso maese Juan Vertaud; y no sé ya por dónde cogerte. Sin embargo, no eres tonto, y pensaba haberte puesto bastante la palabra en la boca; pero puesto que te da vergüenza, voy á ayudarte. ¿No sientes inclinación por ninguna muchacha del país?

— No, mi amo, replicó con rectitud el expósito.

— ¿De veras?

— Á fe de hombre honrado.

— ¿Y no ves ninguna que te gustaría si tuvieses medios de pretenderla?

— No quiero casarme.

— ¡Vaya una idea! Eres demasiado joven para responder de eso. Pero ¿por qué motivo?

— ¿Por qué motivo?... ¿Tiene usted interés en saberlo, mi amo?

— Quizá, puesto que me intereso por ti.

— Se lo voy á decir; no tengo por qué ocultarlo. No he conocido padre ni madre. Y hay una cosa que nunca le he dicho á usted; nada me obligaba á ello; pero si usted me hubiese interrogado, no le hubiera mentado. Yo soy expósito, salgo del hospicio.

— ¡Cómo!, exclamó Juan Vertaud, algo sopeteado

por esta confesión; nunca me lo hubiera figurado.

—¿Por qué no se lo hubiera figurado nunca?... ¿No contesta usted, mi amo? Pues bien, yo voy á contestar por usted. Es que, viéndome buen sujeto se hubiese usted asombrado de que un expósito pudiera serlo. ¿Es cierto, pues, que los expósitos no inspiran confianza á la gente, y que hay algo contra ellos? Eso no es justo, eso no es humano; pero en fin, es así y no hay más remedio que conformarse, puesto que los mejores corazones no se hallan exentos de tal preocupación, y que usted mismo...

—No, no, dijo el amo, cambiando de parecer, pues era hombre justo, y no vacilaba en rechazar una mala idea; no quiero ser contrario á la justicia, y si he tenido en eso un momento de olvido, me lo puedes perdonar, porque ya pasó. ¿Entonces crees que no te podrías casar porque eres expósito?

—No es eso, mi amo, y me tiene sin cuidado el impedimento. Hay toda clase de ideas en las mujeres, y algunas tienen tan buen corazón, que esto sería una razón de más.

—¡Calla! pues es verdad, dijo Juan Vertaud. ¡Las mujeres valen más que nosotros!... Además, dijo riendo, un buen mozo como tú, lleno de juventud, tan sano de cuerpo como de espíritu, puede muy bien inspirar á alguna mujer la idea de mostrarse caritativa. Pero vamos á ver el motivo.

—Escuche usted, dijo Francisco; fuí sacado del hospicio y criado por una mujer á quien no conocí.

Á su muerte, fuí recogido por otra que me tomó por el pequeño provecho del socorro concedido por el gobierno á los de mi especie; pero fué buena para mí, y cuando tuve la desgracia de perderla, no me hubiera consolado sin el auxilio de otra mujer que fué la mejor de las tres, y por la cual he conservado tanta amistad que no quiero vivir para ninguna otra más que para ella. Me separé de ella, sin embargo, y quizá no la volveré á ver, pues está acomodada y es posible que nunca tenga necesidad de mí. Pero es posible también que su marido que, según me han dicho, está enfermo desde el otoño, y ha hecho muchos gastos que se ignoran, muera próximamente y le deje más deudas que bienes. Si esto sucediera, confieso á usted, mi amo, que me volvería á su país, y que no tendría más pensamiento ni más voluntad que asistirle, á ella y á su hijo, é impedir con mi trabajo que cayesen en la miseria. Por esto no quiero adquirir compromiso que me retenga en otra parte. En casa de usted estoy por años, pero el matrimonio me ligaría para toda la vida. Sería asumir demasiados deberes á la vez. Teniendo mujer é hijos, no es seguro que pudiese ganar el pan de dos familias; tampoco es seguro que, aun cuando encontrase, lo que no es posible, una mujer algo acomodada, tuviese yo derecho á retirar el acomodo de mi casa para llevarlo á casa ajena. Por esto cuento permanecer soltero. Soy joven, y puedo esperar; pero si sucediera que se me metiese algún amorcillo en la cabeza, haría todo lo

posible para sacármelo, porque en cuanto á mujeres, no hay más que una para mí, y es mi madre Magdalena, á la que mi calidad de expósito tenía sin cuidado y que me educó como si me hubiese puesto en el mundo.

— ¡Pues bien!, lo que me dices, amigo mío, me da todavía más consideración por ti, contestó Juan Vertaud. Nada hay tan feo como la ingratitud; nada tan hermoso como la recordación de los favores recibidos. Podría yo exponerte alguna buena razón para probarte que te podrías casar con una joven de los mismos sentimientos que tú, y que te ayudaría á asistir á la vieja; mas para eso necesito pensármelo, y quiero hablar de ello con alguien.

No había necesidad de ser muy listo para adivinar que, en su buena alma como en su buen juicio, Juan Vertaud había imaginado casar á su hija con Francisco. Su hija no era fea, y si tenía un poco de más edad que Francisco, tenía también bastantes escudos para compensar la diferencia. Hija única, era un buen partido. Pero hasta entonces no había hecho ánimo de casarse, cosa que tenía á su padre muy contrariado. Y como el hombre viese desde hacía algún tiempo, que Juanita hacía mucho caso de Francisco, la había consultado respecto á él; y siendo ella muchacha muy reservada, le había costado algún trabajo confesarlo. Al fin, sin decir no ni sí, había consentido en que su padre sondeara á Francisco sobre el artículo del matrimonio, y ella esperaba saber su idea, algo más ansiosa de lo que quería hacer creer.

Juan Vertaud hubiera deseado poderle llevar una respuesta mejor, en primer lugar por las ganas que tenía de verla casada, y en segundo lugar porque no podía desear un yerno mejor que Francisco. Además de la amistad que le tenía, el molinero veía claramente que el muchacho, con haber llegado tan pobre á su casa, valía tanto como el oro en una familia por su inteligencia, su actividad en el trabajo y su buena conducta.

El artículo del origen hospiciano contrarió un poco á la joven. Tenía su orgullo, pero pronto se hubo conformado, y avivó sus deseos la noticia de que Francisco era recalcitrante en punto á amor. La contrariedad excita á las mujeres, y si Francisco hubiese querido urdir alguna treta para hacer olvidar su origen, no hubiera hecho mejor habilidad que la de mostrar pocas ganas de casarse.

De modo que la hija de Juan Vertaud, se decidió aquel día por Francisco, como aun no lo había estado.

— ¿No es más que eso?, dijo ella á su padre. ¿Se figura que no tendremos corazón ni medios para asistir á una vieja y colocar á su hijo? De seguro que no comprendió lo que usted le insinuaba, padre, porque si hubiera sabido que se trataba de entrar á formar parte de nuestra familia, no se hubiera preocupado con eso.

Y aquella noche, durante la velada, Juanita Vertaud dijo á Francisco:

— Yo le tenía en mucho aprecio, Francisco; pero aun le tengo en más, desde que mi padre me ha con-

tado su amistad por una mujer que le educó y para la cual usted quiere trabajar toda la vida. Es usted muy libre de tener tan buenos sentimientos... Yo quisiera conocer á esa mujer, á fin de poder ayudarla si á mano viene; para que usted le haya conservado tanto afecto, es preciso que sea una mujer de bien.

— ¡Oh!, sí, dijo Francisco, que disfrutaba hablando de Magdalena, es una mujer que piensa bien, es una mujer que piensa como ustedes.

Estas palabras llenaron de júbilo á la hija de Juan Vertaud, la cual, creyendo segura la realización de sus planes, dijo:

— Yo quisiera que, si llegase á ser desgraciada, como usted teme, viniese á vivir aquí. Yo le ayudaré á usted á cuidarla, porque ya no será joven ¿verdad? ¿Vive achacosa?

— ¿Achacosa?, no, dijo Francisco; aun no tiene edad para eso.

— ¿Es todavía joven?, preguntó Juanita Vertaud que empezó á aguzar el oído.

— ¡Oh!, no, no mucho, contestó Francisco con naturalidad. No recuerdo la edad que podrá tener ahora. Era para mí como mi madre, y no me fijaba en sus años.

— ¿Ha sido guapa, esa mujer?, preguntó Juanita, después de haber vacilado un momento para hacer esta pregunta.

— ¿Guapa?, contestó Francisco algo sorprendido. Para mí es bastante guapa tal como es; pero, á decir

verdad, nunca pensé en tal cosa. ¿Qué importa á mi amistad? Aunque fuese más fea que el diablo, no me hubiera fijado nunca en ello.

— Pero en fin ¿no puede usted decir poco más ó menos qué edad tiene?

— ¡Aguarde!, su hijo tenía cinco años menos que yo. ¡Pues bien!, es una mujer que no es vieja, pero que tampoco es muy joven, es así como...

— ¿Cómo yo?, preguntó Juanita con una risa algo forzada. En ese caso si enviuda, ya no estará en edad de volverse á casar, ¿no es cierto?

— Eso según, contestó Francisco. Si su marido no lo derrocha todo y le queda algo, no le faltarán pretendientes. Hay mozos que, por dinero, lo mismo se casarían con una vieja que con una niña.

— ¿Y usted tiene en poca estima á los que se casan por dinero?

— Al menos yo no haría tal cosa, contestó Francisco.

El expósito, aunque sencillo de corazón, no era tan simple de espíritu, que no hubiese acabado por comprender lo que le insinuaban, y lo que en tal ocasión decía, no lo decía sin intención. Pero la Juanita no se dió por entendida, y se enamoró de él un poco más. Había sido muy cortejada sin hacer caso de ningún pretendiente. El primero que le gustó fué el que le volvía la espalda. Así son las mujeres.

Francisco vió bien, en los días sucesivos, que ella tenía desasosiego, que no comía casi nada, y que cuando parecía no verla, ella tenía siempre los ojos fijos

en él. Este capricho le afligió. Tenía respeto por aquella excelente muchacha, y veía muy bien que haciéndose el indiferente, la enamoraría más. Pero no le gustaba, y si la hubiese tomado por esposa, hubiera sido por conveniencia y por deber más bien que por amistad.

Esto le hizo pensar que no permanecería mucho tiempo en casa de Juan Vertaud, porque tarde ó temprano, el asunto aquél ocasionaría algún disgusto.

Pero entonces le sucedió una cosa muy particular, y que estuvo á punto de cambiar todas sus intenciones.



CUANDO FRANCISCO PARECÍA NO VERLA, JUANITA TENÍA SIEMPRE LOS OJOS  
FIJOS EN ÉL